

PEREA, HÉCTOR. *Jugarse el cuero bajo el brío del sol*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2008 (Colección de bolsillo, 33).

“La crónica es de quien la trabaja” parodia, lamentable aunque ciertamente, el decir popular. Y es que la historia escrita, como fenómeno cultural, muchas veces se encuentra determinada por las cúpulas sociales. Dicho en otras palabras, el oficialismo tendencioso se autonoombra dueño primigenio de la crónica. Nada nuevo bajo el sol: el discurso del poderoso vencedor siempre se encontrará un escaño arriba para arrebatar la palabra, hasta dejarlas en el vacío, a las voces de no pocos protagonistas del mismo fenómeno histórico.

El atropello surgió desde los primeros escritos. Un ejemplo contundente, en España, ocurre tras la llegada de los conquistadores a México: Francisco López de Gómara gana la partida a los cronistas y edita su *Historia de la Conquista de México* en 1552; en ella, el tono laudatorio del clérigo soriano se concentra en la imagen —ya magnificada con las *Cartas de Relación*— de Hernán Cortés durante sus campañas de conquista. No podemos inculpar las intenciones del cronista: su perspectiva aristocratizante se forjó en medio de la Corte, junto a los poderosos y al auspicio del embajador español en Venecia. Su encumbrada posición intelectual lo dotó del recurso de la crítica sarcástica e irónica; en cambio, le quitó la vergüenza de adueñarse de fuentes directas y de opiniones ajenas a su factura.

Como ocurre en todo acontecimiento multitudinario, en particular durante las guerras, cada sujeto tiene una percepción del hecho histórico, distinta o complementaria a la de otros convidados al fenómeno. Si acaso quedan asentados mediante la palabra escrita, el tiempo se encarga de comprobar la veracidad de cada punto de vista. Casi al mismo tiempo de aparecida la crónica de Gómara, Bernal Díaz del Castillo escribía su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*; en ella, el soldado revalora la crónica de Gómara, e intenta ajustar los acontecimientos de la conquista a estaturas más lógicas y humanas. El “príncipe de los cronistas” desmiente estas narraciones y asienta que: “los verdaderos conquistadores y curiosos lectores que saben lo que pasó claramente les dirán que, si todo lo que escriben de otras historias va como lo de Nueva España, irá todo errado”. Sobre el estilo artificioso de ellas alerta al lector pues: “ensalzan a unos capitanes y abajan a otros, y los que no se hallaron en las conquistas dicen que fueron en ellas [...]. En todo escriben muy vicioso. [...] es todo burla lo que escriben acerca de lo acaecido en la Nueva España”. Con el paso del tiempo, la de Bernal se consolidó, gracias a su elocuente estilo y precisión, como *la Crónica de Indias* por antonomasia, desmintiendo a historiadores de

oficio, desplazándolos con argumentos contundentes, característicos de quien testimonia presencialmente los hechos.

Vayamos a un caso más reciente: la guerra civil española. Resultaría zafio afirmar que esta contienda derramó tanta sangre en el campo de batalla, como tinta sigue derramando en el papel para hablar de ella. Sin embargo, los testimonios reverberan como muertos negados a su condición. Las voces permanecidas en la penumbra resuenan frente a la crónica manipuladora y los documentos oficiales.

El breve ensayo de Héctor Perea, *Jugarse el cuero bajo el brío del sol*—apéndice emergido de su estudio galardonado *La rueda del tiempo* (1996)—sirve como amplificador de las legendarias voces ensombrecidas de combatientes mexicanos que prestaron su servicio bélico a la República española. Acorde con los actuales estudios de investigación preocupados por mostrar la verdad, mediante las fuentes *off the record*, y sumergiéndose a la región abisal de la memoria apartada del discurso progubernamental, el autor resalta nombres, sentimientos y acciones de cadetes, de excombatientes revolucionarios y otros civiles que, sólo con el estímulo de su voluntarioso oficio militar o su altruismo, decidieron transformarse en soldados del mundo, para enfrentar una invasión fascista—disfrazada de golpe de estado—que se hallaba oblicuamente solapada por un ambiguo pacto de no intervención y una Sociedad de Naciones disfuncional.

Nuestro autor no sólo dirige sus reflectores a estas voces no reconocidas, intrínsecamente obliga al lector a cuestionar las intenciones—aún no esclarecidas—de los aparatos progubernamentales cardenistas, junto a la tendenciosa prensa de la época, por mantener fuera de foco a los brigadistas mexicanos. El texto de Perea abre una línea de análisis para que el lector inicie la revaloración y el reajuste de la Historia mexicana durante el régimen de Lázaro Cárdenas.

El lector de este ensayo podrá percibir la relevancia que adquirieron los periódicos en nuestro país, como informantes o deformadores de los acontecimientos ocurridos en la guerra de España. Recordemos que la prensa de estos años, ya la oficial o la opositora al cardenismo, se enfrascó en una guerra sucia por alcanzar preeminencia, anticipándose algunos años a las truculencias vistas en *The Citizen Kane*, filmada en 1941. Héctor Perea resalta la ambigüedad de las declaraciones, de los dichos y entredichos que quedaron asentados en memorias, entrevistas y documentos oficiales relacionados con la Segunda República y con el apoyo prestado por los mexicanos a España.

Como contrapunto, el autor inserta eficazmente las voces que claman en la penumbra: surgen los nombres olvidados por la necesidad intelectual de negar la existencia de lo inconveniente. Muchos de estos soldados desconocidos, tachados por la prensa maniquea como *milicianos españoles* (aun siendo mexicanos), *guerrilleros* o *inmigrantes azañistas* (aun sin pertenecer a corriente política alguna) o, en términos más peyorativos (como apareció publicado en

Excelsior, el 17 de enero de 1939): “aventureros, sin escrúpulos y sin principios, dispuestos siempre para toda empresa de agitación y de discordia [...] nuevos Cincinatos que todavía traen en las narices el olor de la pólvora y de la sangre, y en el alma el odio y el anhelo de destrucción”.

Los testimonios de los brigadistas mexicanos que retoma Perea en su ensayo dan fe, más que de un espíritu belicoso, de una serie de motivos personales determinados, a veces, por los ímpetus naturales que conlleva la juventud (la edad de los cadetes que menciona nuestro autor no llegaba a los veinte años); otras veces, como cuenta el condecorado Roberto Vega, porque la guerra estaba ligada con sus vidas de militares. Una razón lógica que el lector puede extraer de este ensayo es la general indignación, desesperación e impotencia que sintió una parte del mundo al enterarse del avance de los rebeldes franquistas sobre el gobierno legalmente establecido. Otro argumento, tomado del recuerdo de Zoila García, es el de la revolución libertadora, “la causa ácrata”, el ideal de libertad que cobró la vida a cientos de combatientes mexicanos. Más que el espíritu aventurero, denostado por la prensa tendenciosa de la época, Perea exalta, a partir de estos testimonios vivenciales, las aspiraciones de justicia propias del patriotismo literal, de un nacionalismo que afirmaba a cada hijo como un soldado defensor de la Patria en contra del enemigo profanador.

El autor amplía el panorama con la visión de los brigadistas experimentados: soldados que acudieron al llamado de la metralla, entusiasmados por la inercia de una recién terminada revolución en México. Nombres de personajes que combatieron al lado de Villa, Obregón o Carranza cuyo principal fin seguía siendo luchar, voluntariamente, en beneficio de los campesinos; además de impedir el crecimiento de la opresión fascista por encima de la clase obrera. La presencia de Siqueiros en este ensayo, le recuerda al lector una época en que algunos ideales revolucionarios estaban aún consolidándose; un momento histórico en que las hazañas de guerra continuaban latentes en la memoria de todos los mexicanos, tanto jóvenes como adultos. La necesidad de emular o proseguir con tales actos heroicos —estimulados por una abundante narrativa de temas revolucionarios y, principalmente, por el tono épico del corrido mexicano— también inspiró a nuestros brigadistas para asistir al campo de batalla y recibir su bautizo o su confirmación de fuego.

El ensayo encierra una severa crítica: la escasa difusión de los nombres y sus obras. A siete décadas transcurridas desde que se inició la guerra civil española, la terrible consigna del oficialismo “gomarista” sigue encubriendo las razones de estos voluntarios. Preferidas las crónicas apócrifas o de segunda mano, por encima de las fuentes directas, las memorias de los brigadistas que se jugaron el cuero en los campos españoles permanecen confinadas a las mesas de ofertas —si acaso sobrevivieron más allá de su primera edición—, pertenecen a colecciones del círculo familiar, continúan catalogadas como subliteratura o,

dentro de las bibliotecas, se encuentran acechando los ojos de algún lector des-pistado que ocasionalmente se cruce con ellos —como certificado de su poca demanda, la boleta de entrega sigue aspirando a tener registrado algún sello de devolución—. Acaso por un estilo que más bien quiere transmitir la emoción del momento y la importancia auténtica de sus acciones, antes que impresionar con retóricas académicas; acaso por la anonimidad derivada de la clandestinidad con que salieron estos soldados de nuestro país (y que llevó a muchos a una fosa común y al recuerdo de sólo algunos testigos de sus acciones) estos libros y estos nombres terminaron injustamente en un desierto, en donde aún claman sus voces, que ya merecen abandonar. La justicia que Héctor Perea hace a estos brigadistas va más allá de una simple exaltación de lo curioso —para ello ya tendríamos suficiente con el *Potrero del Llano* o el *Escuadrón 201*—; con su ensayo, el autor nos deja ver que en la Historia mexicana, el sexenio cardenista permanece como un hecho parcial, poco estudiado, exclusivo de un enérgico grupo con fines particulares; un periodo de tiempo en que el término *igualdad*, aparecido constantemente en los discursos oficiales, carecía de efecto si se trataba de dar tribuna a la palabra de los populares o a los despojados del poder.

Como bien lo establece en su texto, Perea prefiere “hablar del momento cardenista y no del cardenismo a secas” para hacer notar, justamente, que el apoyo de México a España no sólo surgió de las deliberaciones de los políticos y los encumbrados, sino que ese otro México —calificado por el autor como “popular, desprovisto de intereses o influencias políticas”— también demostró su capacidad de organización y voluntad sincera para acudir, lo más cerca posible, en apoyo de los españoles (que no al gobierno republicano, como afirmaba el general Leobardo G. Ruiz); el altruismo de estos voluntarios, como resalta el ensayista, adquiere un valor superior al de las complejas maniobras diplomáticas que el gobierno cardenista y la República española realizaron para conseguir armamento y provisiones a su ejército —que en no pocos casos obtuvieron resultados fatídicos, como lo demostró el episodio del *Mar Cantábrico*—; las acciones realizadas por los brigadistas mexicanos resultaron más concisas y sus claras intenciones de asistir al frente bélico se cristalizaron al organizar y dirigir escuadrones efectivos para la batalla.

Tampoco debemos recelar del estilo con que están escritas estas memorias. Perea da ejemplos para que el lector anule la errónea creencia de que el estilo literario garantiza veracidad; sus comparaciones de tono, entre las descripciones de los brigadistas y las encumbradas narraciones pictórico-literarias, dan cuenta al lector de la brillantez y honestidad que puede haber en el estilo lingüístico de estos soldados, que parece aleccionado por las palabras del príncipe de los cronistas, es decir: “[carente] de aquel ornato tan encumbrado y estilo tan delicado que se requiere [y allegándose] al parecer de los sabios varones que dicen

que la buena retórica y pulidez, en lo que escribieren, es decir verdad”. Doble gloria les cabe a los escritos biográficos de los brigadistas ya que, a diferencia del conquistador español —cuya intención de fondo era el beneficio de su posición social mediante el reconocimiento de sus hazañas—, las vivencias de estos mexicanos quedaron plasmadas como simples testimonios de experiencia; no se confunda esto último con intenciones ejemplares, sencillamente es la pura inquietud humana de fijar la memoria en un instante vital, en un punto preciso del tiempo y el espacio, en sintonía con la célebre foto de Robert Capa que ilustra la portada del ensayo.

Con este breve texto —doblemente bueno—, Héctor Perea presenta historias individuales; de personajes que tienen nombre propio y acciones particulares arrancadas de las penumbras del infamante y nebuloso colectivo. Historias de seres humanos que cantaron, y bien, “en patio ajeno” y que, además, debieron regresar para enfrentar la contradicción de permanecer exiliados en su propia tierra. El texto sirva para que la Historia mexicana continúe su anagnórisis mediante la escucha de las voces en *off* que puedan resonar en concierto junto a las palabras del oficio, y para que los lectores vuelvan la atención a cronistas no afamados que pueden contarnos, como escribe Díaz del Castillo, “muchas cosas que son dignas de saber y no poner en olvido”. Héctor Perea ya consiguió adueñarse de la crónica con los debidos créditos, y su historia rescata de la penumbra voces contundentes; ojalá y la Historia mexicana liquide pronto la deuda que aún tiene con ellas.

GERARDO VEGA SÁNCHEZ
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM